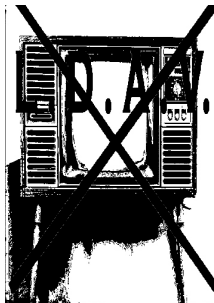
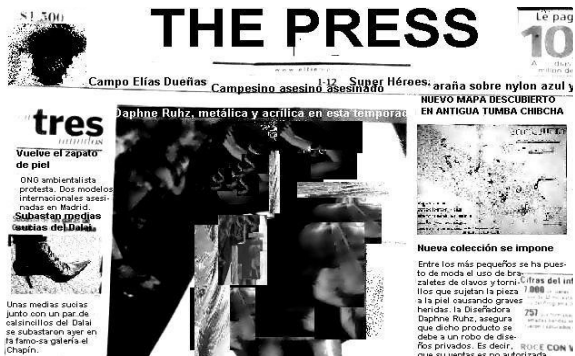


lucrecia Daphne

Anarkista Visual



Daphne Ruhz Editorial



LUCRECIA **DAPH**NE

ANARKI **STA** **VISUAL**

POR

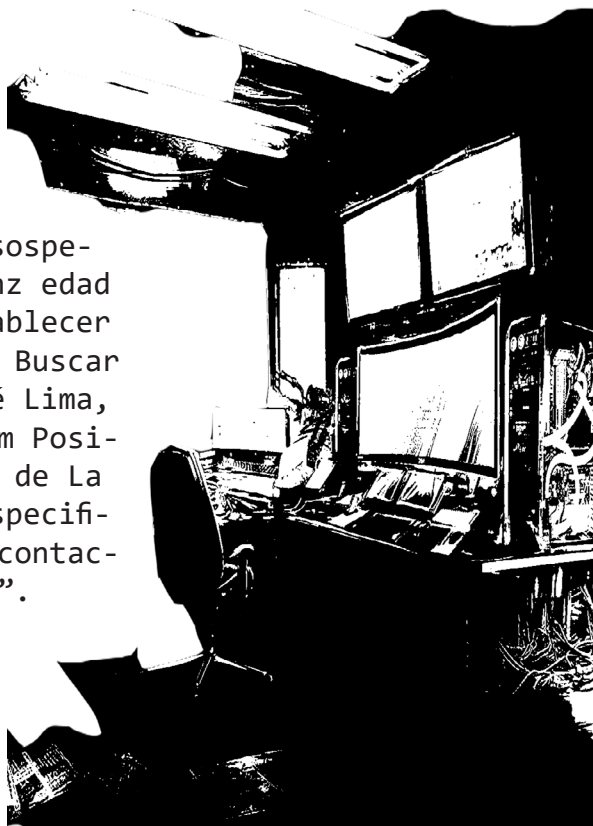
ENRIQUE RODRÍGUEZ
ARAÚJO



Daphne Ruhz Editorial

José Tarquino, agente secreto de una poderosa organización que maneja los hilos de la mega-ciudad, tiene como misión infiltrarse en el frívolo mundo de Lucrecia Ruhz, joven artista y heredera de una gran fortuna. Según informes de inteligencia, la chica tiene nexos con miembros activos de La Serpiente, tenebroso grupo delictivo que pone en peligro la seguridad metropolitana.

“Nuevos informes sospechoso: Lucrecia Ruhz edad del sujeto sin establecer adjunta fotografía. Buscar contacto en el Café Lima, de 5:00 Pm a 7:00 Pm Posible miembro activo de La Serpiente. No se especifican estrategias de contacto. Improvisar”.



Lucrecia Daphne Anarkista Visual

En el Café Lima...

Todo allí era cristalino, de color blanco hueso y naranja. Las sillas y mesas, de patas cromadas, se repetían en el suelo espejeante. Había lámparas como cuellos de flamings y garzas. Algunas mujeres, empingorotadas, chupando en pitillos rosa jugos y malteadas, casi las igualaban...

6

Lucrecia llevaba unos pantalones plateados muy ceñidos, botines negros de cordones blancos, camisa blanca de encajes ondulados, y una chaqueta azul eléctrico de anchas solapas parcialmente cubiertas por los encajes del cuello de la camisa. En la trabilla de su cinturón negro de cuero, lleno de taches cuadrados, brillaba un escorpión mexicano. Tenía el pelo suelto, corto sobre los hombros, ne-

gro-azul como el ala de un cuervo.

Apenas entró, Tarquino se sintió incómodo, viendo a esos muchachos y muchachas sin sexo definido, en exceso delgados, como cigarros de colores o alambres luminosos. Se disponía a regresar sobre sus pasos cuando vio a Lucrecia sentada junto al ventanal. Le pareció tan delgada como todos los allí presentes, pero extrañamente sensual, pegada a la pantalla de su portátil. Intentó abordarla, pero se desvió hacia la barra. Sus labios encendidos en un rojo profundo y brillante, que contrastaban con la blancura de su rostro, se le quedaron grabados en la mente como con fuego.

Sentado a la barra...

-Buenas noches, señor. ¿Qué desea tomar? -dijo el barman con voz amane-rada, sonriendo estúpidamente. Se trata-ba de un frágil hombrecillo de rostro afi-lado y brazos muy largos que vestía una camisa blanca y pantalones negros de dril. Al escuchar su voz, Tarquino pare-ció salir de un trance. Lo miró fijamente a los ojos con intensión de doblegarlo con sus poderes hipnóticos, pero todo fue en vano.

-Regáleme un aguardiente -dijo inse-guro-. El barman borró su sonrisa des-concertado, pero sin dejar de ser amable.

-Ok, señor. ¿Desea acompañarlo con algo? ¿Tal vez una torta de almendras, una canastilla de fresas?

Tarquino volvió los ojos hacia la ba-rra y se frotó la cara con la palma de la

mano.

-No sé, usted qué me sugiere.

-En ese caso, señor, yo cambiaría el aguardiente por un coctel de frutas y lo acompañaría con un kirsch vegetariano.

-Está bien, escoja usted por mí.

Con mucho gusto, señor -dijo el bar-man, inclinando el rostro con una sonri-sa, y se dio vuelta-.

Tarquino suspiró aliviado. ¿¡Por qué demonios no puedo activar mis pode-res...!?! se preguntó desconcertado. No era la primera vez, pero nunca antes se había sentido tan desamparado.

Al cabo de un minuto o dos se dio vuelta, con disimulo, buscando a Lucre-cia. Seguía muy concentrada en la pan-talla de su computador. Franjas de luz blanca subían y bajaban por su cabellera cuando se inclinaba hacia adelante o ha-cia atrás.

Lucrecia Daphne Anarkista Visual

-Aquí tiene, señor.

Tarquino se volvió sobresaltado.

Fuera del Café Lima, a pocos pasos de la puerta...

8 Había tenido que tomarse un jugo repugnante; jugar con las espinacas frías de aquél ridículo plato, y soportar las miradas despectivas del amanerado barman. Se había sentido asediado por todos esos jóvenes que en realidad ni lo determinaron, concentrados como estaban en realizar sus extrañas coreografías; había tenido que soportar todo aquello, y ahora sólo estaba allí, parado en la acera, con ganas de tomarse un aguardiente. Sin embargo, se dedicó a seguirle los pasos a Lucrecia.

Pensó que debía cambiar su apariencia, verse un poco más joven y usar ropa más moderna, pero cuando se vio en el espejo vistiendo jeans de colores y camisetas estampadas se sintió ridículo. Tal vez si fuera más delgado, más alto...

Desde una banca del parque, frente al edificio en donde vive Lucrecia...

Todos los días era lo mismo. La chica salía de su apartamento a las cuatro de la tarde, se dirigía al Café Lima, y luego regresaba entre las siete y siete y media de la noche. Sin saber muy bien por qué, Tarquino comenzaba su rutina a las seis de la mañana, cuando las aceras se llenaban de niños y adolescentes en espera del bus escolar. Un poco más tarde salían los buenos padres de familia y los chicos universitarios, la mayoría manejando

sus propios autos. Le gustaba ver pasar a las empleadas del servicio con las mascotas de la casa rumbo al parque. Más de una vez intentó manipularlas mentalmente para lograr sus favores, pero siempre fue inútil. Pensó en consultar a los médicos de La Organización, aunque luego le pareció arriesgado. ¿Qué tal si al confirmar la ausencia de sus poderes las directivas decidían eliminarlo o reactivar su antigua condena?

Por las noches, luego de que Lucrecia entraba al edificio, la rutina cambiaba. Entre las nueve y media y las once de la noche salían algunas personas. Sobre todo jóvenes universitarios que se desplazaban en sus propios autos, tomaban un taxi o eran recogidos por alguien más. Las chicas aparecían siempre con vestimentas que a Tarquino le parecían estrafalarias, pero ninguna de ellas, a su criterio, podría ser Lucrecia.

frente al Café Lima, al otro lado de la avenida...

Descubrió que podía espiar a la chica sin necesidad de entrar al Café Lima, si se sentaba a la mesa en un pequeño bar ubicado al otro lado de la avenida. Allí se tomaba un aguardiente tras otro mientras miraba hipnotizado a Lucrecia, sentada junto al ventanal, brillante a la luz naranja, medio borrosa tras las gotas de lluvia. Luego se tomaba un trago, y en el fondo de la copa veía su rostro luminoso y blanco, con aquellos labios que brotaban como pétalos de rosa.

Para cuando ella salía del lugar Tarquino ya estaba medio ebrio, y entonces la veía más brillante, como enmarcada por un aura lacrimosa. La seguía de lejos sin perderla de vista y tropezándose con todo hasta que llegaba al edificio, y

Lucrecia Daphne Anarkista Visual

luego se iba a su propio apartamento, en la Fortaleza de La Organización, a inyectarse varias dosis de mixturas regenerantes.

Desde la banca del parque...

10 Cierta día, tras dos semanas de espionaje infructuoso, se le ocurrió la genial idea mientras veía a los celadores coqueteando con las empleadas del servicio.

En la portería del edificio...

Su propuesta fue aprobada sin mayores trámites, y al día siguiente era el portero del edificio, con otros dos agentes encubiertos en las zonas de parqueo y los jardines internos.

Cuando la vio aparecer intentó seguirla, pero se contuvo.

-Buenas tardes –dijo Lucrecia, mirándolo con el rabillo del ojo, y dibujando en sus labios una sonrisa amable.

-Buenas tardes –contestó Tarquino con un nudo en la garganta-. Se quedó mirando cómo abandonaba el lobi y descendía por la escalera hacia la calle, cómo se agitaba su pelo negro lleno de relámpagos plateados. Debo seguirla, pensó. Llamaré a uno de los agentes para que se encargue de esta farsa mientras estoy fuera. ... Sin embargo, inmediatamente, se le ocurrió una idea mejor.

Entrando al apto de Lucrecia...

Le costó trabajo abrir la puerta llena de cerraduras. Sudaba ansioso. Cuando al fin pudo entrar sintió que el corazón

se le salía. El apartamento se extendía enorme ante sus ojos, lleno de una luz flotante atravesada por anchas líneas de sombra. Las paredes estaban desnudas y había varios proyectores atornillados a soportes de metal en el techo y el suelo. Avanzó un poco más. El piso de la sala estaba lleno de portadas de libros con ilustraciones a todo color de robots, monstruos, chicas aterradas y héroes de traje espacial armados con pistolas laser. Siguió hacia el estudio. El sol entraba por el ventanal lavando los libros, discos compactos, DVDs, discolasers, cassettes, y vinilos muy viejos ubicados en dos bibliotecas que ocupaban las paredes. Frente al ventanal había un enorme escritorio de madera tallada sobre el que estaban cuatro computadores de gran formato. Tarquino encendió uno de ellos, y revisó al azar su contenido:

Fuente primaria: Archivo General de%date%if%==19-06-06.(goto1) elsegoto2:1 la Resistencia agosto 5 de 20f%.

El siguiente fragmento fue elaborado por miembros activos de la resistencia. Sin embargo, se trata de una reconstrucción basada en varios fragmentos –que agentes encubiertos de la Org/ ya habían manipulado e incluido en sus archivos al concluir la última guerra Inter-ciudades periféricas- sustraídos del Archivo Conjunto Nacional por los dichos activistas durante complicadas operaciones de espionaje e infiltración.

La fidelidad del presente documento, a pesar de sus trágicas amputaciones y tergiversaciones, se comprueba en el hecho de que los nombrados activistas conocieron

Lucrecia Daphne Anarkista Visual

el original cuando miembros de la Oficina Central de Comunicaciones y Divulgación, adjunta al Comando Central de la Resistencia, se encontraban redactándolo para su publicación.

De pronto, su intercomunicador comenzó a sonar.

12

-¡Tarquino! ¡Tarquino! ¡Mosca, que la china viene subiendo!

Apagó el computador y corrió hacia la salida. Creyó escuchar pasos en el corredor, y se detuvo un momento. Se recostó contra la puerta entreabierta y esperó. No venía nadie, así que salió y cerró. Para llegar a las escaleras tenía que pasar obligatoriamente frente al ascensor, que no demoraría en abrirse. Intentó correr,

pero fue demasiado tarde. Quedó frente a frente con Lucrecia.

-¡Uy, señor! -Exclamó Lucrecia, entre divertida y sorprendida.

-¡Ay señorita qué vergüenza! -contestó Tarquino, muy nervioso, con expresión estúpida. Lucrecia lo miró a los ojos durante unos instantes sin dejar de sonreír.

-Tranquilo, no pasa nada. -Contestó ella, avanzando hacia su apartamento, sin dejar de mirarlo. Luego puso la llave en la cerradura.

-Bueno, permiso, señorita... sigo con mi ronda.

-Está bien. Buenas noches.

-Buenas noches, señorita. -Dijo Tarquino, y se dio vuelta para tomar las escaleras.

En la portería...

Sólo podía pensar en ello. Pasó toda la noche repitiendo la escena en su memoria, una y otra vez...

En la fortaleza...

Tras finalizar su falso turno en la portería logró concentrarse en lo importante. ¿Qué diablos significa eso de La Resistencia? ¿Acaso hay una Resistencia? ¿Será ese un nombre clave para referirse a La Serpiente? Se sentía muy confundido. Y ahora, sin poderes, tendría que resolverlo todo al viejo estilo, y no tenía ni idea de cómo hacerlo. Comenzó por buscar información en la red y en los archivos internos de la propia Organización, pero no encontró nada. Tampoco

estaba acostumbrado a leer tanto, así que el trabajo se le hacía cada vez más confuso. Esperó que el Comando Central le enviara más información, pero a su micro-pantalla no llegaba ningún mensaje. Tampoco se atrevía a pedir informes por temor a que lo tomaran por incompetente. Su única opción, pensó, era volver al apartamento de Lucrecia. Pero los días pasaban... Buenas tardes, decía Tarquino. Luego abría la puerta. ..., los inquilinos iban y venían, Lucrecia iba y venía.

13

Estamos hartos, agente Tarquino. No pasamos por tan duros entrenamientos para terminar como simples celadores..., le reclamaban sus compañeros, hartos de llenar carritos de mercado y soportar la grosería de los inquilinos. No se preocupen tanto... es solo parte de la estrategia para ganarse la confianza de la sospechosa... Sin embargo, no pasaba

Lucrecia Daphne Anarkista Visual

de saludarla con una sonrisa nerviosa: Buenas tardes, señorita. Buenas tardes, Tarquino. Cierta día decidió actuar...

-...es que necesito comprobar el funcionamiento del calentador de gas... Son cosas de la Administración...-

-Ok, Tarquino. Siga.

14 ...pero sus planes se frustraron, pues Lucrecia no lo dejó un segundo, bombardeándolo con todo tipo de preguntas. Volvió a la portería del edificio sintiéndose muy mal. Sin embargo, su visita despertó en Lucrecia una extraña afición. Siempre que pasaba por la portería se detenía a preguntarle cosas que iba anotando en una libreta con gesto distraído. Durante varios meses Tarquino fue especialista en electrónica, chef de comida criolla, operador de maquinaria pesada, capitán de barco pesquero, floricultor, corredor de bolsa, barman,

guía histórico de la Capital, sepulturero, socorrista y talabartero. Usted sólo conteste lo que se le ocurra. Yo le diré qué tipo de profesión tiene, y listo. Gracias a sus improvisados datos Lucrecia logró reescribir la historia de la ciudad, completar manuales de floricultura química, hacerle reingeniería a las teorías económicas, mejorar las políticas de sanidad e higiene para las zonas de emergencia, y bosquejar la escritura de varios libros sobre coctelería experimental. Su proyecto más ambicioso fue La Nueva Cocina Criolla para el Fin de Siglo, que en todo caso se quedó sin terminar, dispersa en varias carpetas y documentos de Microsoft Word sin nombre. Pero un día, Lucrecia dejó de preguntar. De nuevo, la ineficiencia. Hola, Tarquino. Hasta mañana, Tarquino...

Cierta mañana...

Qué diablos. Voy a entrar de nuevo esta tarde, y si es preciso... La chica apareció de pronto, apoyando sus codos en el mármol de la portería.

-Hola, Tarquino. Necesito que me ayude con algo. Suba dentro de media hora. ¿Le parece?

Encontró la puerta abierta y entró. En la sala había una mesa con dos sillas, y un reflector que la iluminaba, desde la derecha, ajustado a un trípode. La luz se abría en un triángulo blanco donde brillaban partículas de polvo y pelusas que flotaban describiendo espirales. Alrededor, todo en penumbras. Lucrecia apareció desde el fondo, acercándose a la fuente de luz. Saludó a Tarquino y lo in-

vitó a sentarse. Luego se sentó ella. Traía un control remoto y dos libretos.

-¿A usted le gusta el cine? A mí me encanta. Claro que nosotros no vamos a hacer una película.

Lucrecia abrió uno de los libretos y leyó en voz alta.

-“Mi amado es blanco y rojizo. Su piel es como el oro más fino. Sus mejillas son como un lecho de especias...”

15

Tarquino se quedó mirándola, desconcertado e incómodo. Lucrecia le devolvió una sonrisa divertida, y siguió leyendo.

-“...Aunque no se haya bañado desde diciembre”.- Lucrecia volvió a mirar a Tarquino, y luego le indicó con los ojos que tomara el otro libreto sobre la mesa. Tarquino leyó lo que ella ya había leído, y un poco más. Entonces Lucrecia

Lucrecia Daphne Anarkista Visual

16

se sonrió, y accionó el control remoto. Las paredes y sus cuerpos se llenaron de imágenes en movimiento. Sobre ella se superponía una figura femenina que Tarquino no podía definir. La suma de ojos, narices y bocas le pareció inquietante. Cientos de manos se movían como si la acariciaran. Sintió que debía levantarse e irse, pero cuando Lucrecia reanudó su lectura prefirió quedarse.

-“Sus ojos son como ojos de paloma. Su cuerpo brilla como marfil”.

Lucrecia dejó de leer, y puso el libreto sobre la mesa. Luego se levantó de la silla, y apagó las luces de la sala y los proyectores.

-Ahora vamos a ver cómo quedó. – Dijo, mientras miraba a Tarquino con una sonrisa y señalaba las videocámaras instaladas en varios puntos de la habitación. Luego se dirigió al estudio.

En el estudio...

Tarquino se sentó tras ella. No podía dejar de seguir sus movimientos mientras encendía el computador. Las manos pequeñas y pálidas, los dedos sobre el teclado, las suaves y pequeñas manchas acarameladas en sus pómulos, su cabeza ligeramente inclinada hacia la derecha, su rostro y sus ojos brillando como si fueran de alabastro y jade a la luz de la enorme pantalla.

-Mire. Así es como queda. –Dijo Lucrecia accionando el aparato.

Se sorprendió al verse distorsionado, invadido por una imagen que se movía sobre la suya. Era como si un sujeto de luz y color luchara por tomar su cuerpo, o como si le hubieran hecho en la piel un tatuaje móvil. Sobre la imagen de Lucrecia

cia también se movía la de una mujer joven que leía un libro, o al menos eso fue lo que le pareció. En el fondo, tras las cuatro imágenes superpuestas, se sumaban paredes grises y algunos objetos que le parecieron costales de harina, latas de conserva e instrumentos de pastelería. Con la voz de Lucrecia (en español) y la de la joven (en inglés) se escuchaba una música. La escena duró apenas unos segundos, y luego la pantalla del computador quedó en negro.

–Bueno, eso era todo. Si quiere puede volver a su turno. –Dijo Lucrecia, amablemente.

–¿Y para qué es eso, señorita?

–Para nada en especial –contestó Lucrecia sonriendo. –Me gusta hacer este tipo de cosas. ¿Le gustaría seguir ayudándome?

No sólo se reunían a hacer montajes como el anterior, sino que también hacían parodias en pequeños escenarios. A veces eran padre e hija en un bus camino al IED, otras veces eran la alumna universitaria y el profesor amantes (sin tocarse nunca, sólo parodiaban las poses, las conversaciones sesudas y los coqueteos inteligentes), los médicos cejjuntos en la cafetería del hospital universitario, la secretaria y el cajero de banco, el piloto y la azafata, o el guardaespaldas y la excéntrica hija del jefe, entre otras posibilidades. Las más extremas implicaban el uso de disfraces bastante complicados, hechos de metal y plástico, que podían causar heridas. Al final de la tarde quedaban exhaustos, pero mientras Lucrecia dormía Tarquino aprovechaba para revisar archivos en los computadores:

Lucrecia Daphne Anarkista Visual

Fuente primaria: Archivo General de%date%if%==19-06-06.(goto1) elsegoto2:1 la Resistencia agosto 5 de 20f%.

El siguiente fragmento fue elaborado por miembros activos de la resistencia (...).

18 (...) las leyes que provocaron el crecimiento desmesurado de las poblaciones periféricas buscaban regular la construcción de obras para adecuar la tierra y mejorar las actividades productivas agropecuarias, sin causar daños a la cuenca hidrográfica. Sin embargo, las cosas no resultaron así. Las conexiones de aguas otorgadas a los particulares provocaron una mala utilización del recurso, y en lugar de generar sistemas productivos agropecuarios, se dio vía libre a la industria turística y del ocio. Se construyeron

grandes casinos, hoteles y parques temáticos sobre la tradición agropecuaria del país, con grandes espectáculos de danza y teatro costumbrista. Con el juego y el turismo llegó la prostitución, y los grandes industriales, casi todos parientes malvados del presidente de turno, fueron reemplazando los sistemas de control estatal por los suyos propios.

En lugar de convertirse en estados independientes, estas ciudades levantadas sobre suelos no aptos para la construcción, comenzaron a ejercer tanta presión sobre la cabeza del presidente, que su figura pronto se convirtió en la de un títere al servicio de los industriales.

De pronto, apareció Lucrecia en la puerta del estudio. Tarquino apagó el computador, y se alejó del escritorio.

-Me quedé dormida. -Dijo ella bostezando y estirando los brazos. Creo que se nos hizo tarde, pero todavía podemos ir a la zona trece.

En la zona trece...

Descendieron en la Estación Subterránea Zona Trece, mal iluminada por tubos de neón que parpadeaban. A un costado del túnel se elevaba la escalera, dividida por una baranda de metal sucia de huellas dactilares. La luz flotaba verdosa y se adhería a los baldosines, a los afiches comerciales mal pegados, y a los escalones gastados. El ruido de pasos interrumpió el zumbido de los neones.

La calle fue apareciendo a medida que subían, a la altura de los ojos como un espejo de agua negra salpicada de luces intermitentes, luego opaca y gris, rastrera, surcando la masa de edificios. Avanzaron por la acera sin hablar.

Lucrecia llevaba puesta una chaqueta roja de grandes hombreras y lentes, una camiseta blanca con la cara de

Lucrecia Daphne Anarkista Visual

20

Robot Boy, pantalones de cuero negro ajustados, y zapatos de charol, abiertos en el empeine, con tacones de acero niquelado. Pendiendo de una gargantilla, acunada en la hendidura al final del cuello, una cobra de jade y cuarzo amarillo. De una candonga en el ombligo, agitándose pendular, boca abajo, le colgaba una cruz incrustada de esmeraldas y diamantes. De todo aquello, incluido el excesivo maquillaje alrededor de los ojos y el lunar postizo en la mejilla izquierda, a Tarquino se le hizo sospechosa la serpiente. Se sentía incomodo, fuera de lugar, vistiendo traje de paño, corbata negra y camisa blanca.

Se detuvieron frente a la puerta de un edificio...

-Tarquino, póngase las gafas oscuras y sígame la cuerda. -dijo Lucrecia, y luego lo miró de arriba abajo con una sonrisa. -Se ve muy elegante.

En el bar xk-Uno...

Las puertas del ascensor se abrieron hacia un recinto apenas iluminado. En las mesas de vidrio y metal había pequeñas lámparas de colores fuertes que parecían flotar entre las sombras. En el fondo brillaba una barra-acuario con forma de elipse. Repasando con insistencia la órbita líquida, un puñado de peces plateados. Lucrecia y Tarquino se sentaron frente a frente en una mesa para dos. Sus rostros brillaban a la luz mandarina de la lámpara, pero atravesados aquí y allá por líneas negras. Lucrecia buscó con la mirada a un mesero, y lo llamó agitando su mano.

-¿Qué quieres hoy, nena? ¿Lo de siempre?

-Sí, lo de siempre.

-¿Y para tu amigo...? -El mesero se

quedó mirando a Tarquino en espera de su respuesta.

-Yo me tomo... tráigame... un whisky... en las rocas. -Contestó Tarquino, mirando a Lucrecia como buscando su aprobación. Ella le sonrió, y luego se dirigió al mesero.

-Gracias, Phil.

-Por nada, nena.

Mientras el mesero se perdía en la penumbra, en el costado izquierdo del lugar, antes un espacio vacío, un reflector de luz roja hizo aparecer a la Killer Band. En esta ocasión cantaba una blanca mujer fatal vestida de azul plateado. Al primer golpe de la batería los peces se sobresaltaron produciendo un resplandor apagado, una contracción de agua y escamas.

-Ok, Tarquino. Este es el plan.

Al fin... Parece que me quiere involucrar en algo... o tal vez sea otro de sus juegos... Le seguiré la cuerda... De pronto, Tarquino sintió que prefería seguir una sarta de juegos sin sentido que una compleja trama hacia el interior del crimen organizado. Ya no veía a Lucrecia como una sospechosa, aunque aún estaban las órdenes de La Organización y los extraños documentos hallados en el computador. ¿Quién sería el verdadero criminal? ¿Acaso el padre de la chica, que había desaparecido hacía años sin dejar ningún rastro?

-Está bien, dígame qué hacer.

Lucrecia sonrió satisfecha.

-¿Para qué hemos estado desarrollando tantos personajes? Para saber exactamente cómo se comporta un tipo de persona determinado y remplazarlo. Por

Lucrécia Daphne Anarkista Visual

22

ejemplo, si sabemos cómo se comporta una estudiante de colegio distrital, seremos capaces de representarla correctamente, y de reemplazarla cuando deba actuar en el lugar que le corresponde, o que no le corresponde. Lo mismo con la estudiante de colegio privado, con la nena rica, la que se baja del Mercedes de papá... No importa. Todos son objetivos. Así, cuando estemos haciendo por ejemplo de mesera y guardia de seguridad en alguna discoteca, lo haremos de manera tan exagerada que llamaremos la atención de los verdaderos guardias de seguridad, meseras, estudiantes, secretarías... Mientras tanto, registramos todo con cámaras de video ocultas. Luego editamos, y reproducimos al mismo tiempo sobre nuestros registros anteriores. ¿Se acuerda? Nuestras parodias en los escenarios que hemos hecho en mi apartamento. Así podremos identificar

diferencias y similitudes. Lo otro es recuperar los originales completos de los documentos que usted ha estado leyendo en mis computadores. Es decir, debemos buscar la fuente primaria. Estoy casi segura de que todo aquello se encuentra en los subterráneos de la ciudad, en donde antes quedaban las oficinas de registro. Esos documentos sólo tienen sentido, para nosotros, quiero decir, si se intercalan con los fragmentos de ciertas películas que se realizaron entre 1960 y 1988 más o menos. El lío es conseguir los rollos originales para poder manipularlos. De nada nos sirven las copias digitalizadas, a menos que hagamos un registro de ellas, con cámaras de cine, mientras “corren”. Como un pirateo al revés. Luego, para ahorrar tiempo y espacio, proyectamos al mismo tiempo -uno sobre otro- todos los rollos que hagamos, y hacemos un registro, ob-

viamente con cámaras de cine, de esa proyección. Durante todos los pasos del proceso debemos incluir los documentos escritos encontrados en su soporte original. Siempre debe haber cámaras de video registrando. De eso depende que al final haya una apariencia de final, de todo concluido, de círculo cerrado. No sé si me explico. En todo caso no importa. Sígame la cuerda.

¿Cómo habrá descubierto mis libertades con sus computadores? Pensó Tarquino. De pronto, apareció el mesero con el whisky, y un extraño licor color rosa. Lucrecia dejó de hablar, y se concentró en la Killer Band mientras morisqueaba el pitillo de su bebida.

De regreso en el apartamento se pusieron manos a la obra...

Informe especial: hampa vulgar se toma el poder en bares y discotecas.

Usando uniformes que recuerdan a los del quinto ejército criminales financiados por el gremio hacen de las suyas.

La policía, en desencuentro con las alcaldías locales, recibe diezmos.

No pocas veces la población vulnerable debe soportar el abuso de estos llamados “guardias de seguridad” protegidos por las autoridades. Alcalde Mayor preocupado por “ladrones de cuello blanco que rondan los corredores de Palacio”. “¿Milicias urbanas? Sí. No he tenido conocimiento, me preocupa más...”. Cirugía reconstructiva debió practicarse Juan Ramírez en el labio superior, luego de que guardias de seguridad le propi-

Lucrecia Daphne Anarkista Visual

24

naran tremenda golpiza a las puertas de reconocido bar capitalino. Proceso en curso. Por lo menos diez años. Administrador del lugar desconoce vínculos y afirma que jamás ha pagado cuotas a integrantes de CAI Móvil. ¿Quién responde? Alcaldesa revela plan de contingencia. Reclama mayor compromiso por parte del Alcalde Mayor. “¿Milicias urbanas? Sí. No tengo conocimiento. Me preocupan más...” Asesinado edil en horas de la madrugada cuando se disponía... “¿Doctor, ya tiene candidato?” A las puertas de un lujoso bar capitalino. ¿A quién recurrir? Por unos cuantos cientos de miles estos hombres realizan desde simples fracturas de huesos hasta verdaderas heridas fatales. Policía niega haber recibido dineros por parte de los dueños.

“O nos encargamos de los borrachos o atendemos los casos más graves de

delincuencia común”. Autoridad local reclama más compromiso de la Alcaldía Mayor. “¿Milicias urbanas? Sí. No tengo conocimiento. Me preocupan más...”

El comportamiento de Lucrecia le fascinaba. Era como subirse a una montaña rusa o asistir a una gran explosión, a una locura en la que a veces participaba como tramoyista. Pensaba que si hacía un esfuerzo podría conectar todo aquello en un hilo coherente que lo llevara hacia un lugar concreto, acaso hacia los orígenes mismos de La Serpiente. Mientras tanto, se dedicaba a cortar y pegar fragmentos de celuloide y girones de papel periódico:

Bombardeo deja hasta ahora 440 muertos. “Acciones militares apenas comienzan”. Minga indígena se celebra

sobre la franja, aunque estudiantes universitarios sólo se toman de las manos, sonríen, y compran algunas mochilas. La ciudad marchó todo el año aunque las estructuras militares y campos de entrenamiento sólo son visibles desde helicópteros artillados y telescopios nucleares.

A esta hora el balance es desalentador. Artistas capitalinos participarán con sus obras en exposición que recorrerá toda Europa. Su propósito es el de dar a conocer una mirada diferente sobre el conflicto social, con fotografías y videoinstalaciones que se centran en el tema de los acontecimientos posteriores a la toma de Mariápurísima en el departamento de Conturbanmea. Artistas nacionales radicados en Barcelona hablan sobre el conflicto armado.

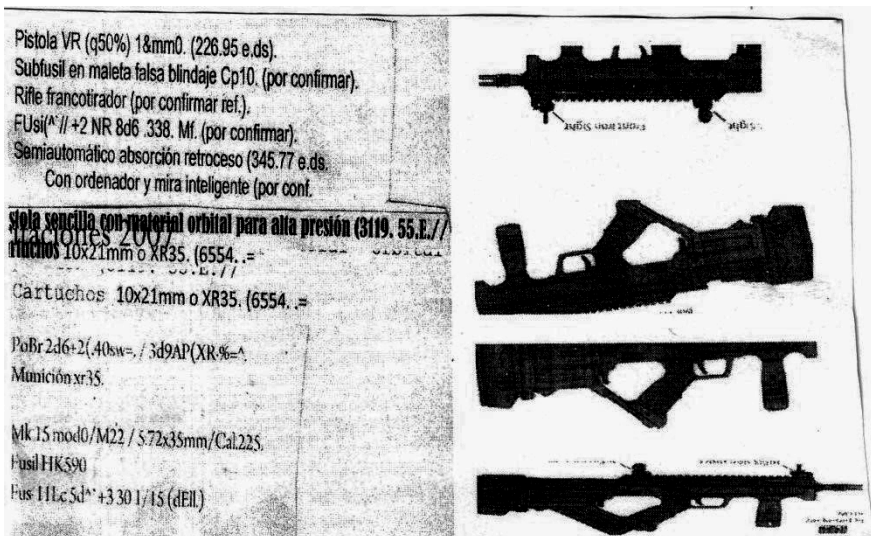
Última película sobre prostitución infantil y sicariato recauda 9 millones de

dólares. La ganadora del Oscar no tiene pensado visitar nuestro país.

Tarquino sabía que la exploración en las antiguas oficinas de registro era riesgosa, pero Lucrecia parecía ignorarlo. Decidió no decirle nada, y prepararse de la mejor manera para contener cualquier eventualidad. La pérdida de sus poderes ya no le preocupaba tanto como al principio. Sin embargo, no podía llegar al Dispensario de Armamento pidiendo un arsenal. Eso levantaría demasiadas sospechas, y quizá hasta lo reportaran con las directivas. Así que, para surtirse, prefirió recurrir a los catálogos volantes del mercado negro.

Lucreia Daphne Anarkista Visual

26



Al final, sólo compró una pequeña Coyle y 26 cajas de munición.

En la noche...

Lucrecia llevaba un morral azul con provisiones, un grabador de sonido, y un pequeño computador portátil oculto en su espalda. Cada uno tenía, oculto en su gorra y detrás del cinturón, una cámara de video que registraba cualquier movimiento, y luego enviaba la información a los computadores en el apartamento de Lucrecia.

Atravesaron la ciudad a pie, y a bordo del sistema masivo de transporte subterráneo cuando se sentían agotados. De vez en cuando se detenían para tomar algo y recuperar sus fuerzas.

Finalmente, a eso de las once y media, llegaron al antiguo Distrito Institucional.

Se detuvieron a la entrada de un sordido casino. Lucrecia encendió su grabador de voz, y comenzó a hablar:

“Antiguo Distrito Institucional, once y media. Descripción parcial relato sonoro no visual:

En la parte baja de los edificios, en su mayoría antiguas cedes institucionales, se extienden celdas más cuadradas que rectangulares, de mediano tamaño, que han sido tomadas en arriendo por todo tipo de rebuscadores y empresas nacionales -algunas internacionales-. La información visual -fracturada- prolifera en miles de letreros, carteleros, carteles, calcomanías, afiches, grafitis, dibujos, pancartas y letreros de neón. En las tiendas de electrodomésticos baratos, contrabandeados y falsificados titilan y cambian de color decenas de adornos navideños en forma de estrellas, erizos, partículas de nieve, renos, siervos, nacimientos, ángeles, vírgenes y pastores. Contra el vidrio de las vitrinas se

Lucrecia Daphne Anarkista Visual

28

arruman -en extraño orden- motores de licuadoras, supernintendos y play stations polvorientos y desteñidos por el sol. También hay transformadores, alternadores, grapadoras, latas de encurtidos, porcelanas de sospechoso rancio abolengo, botellas, jamones colgantes, repuestos y accesorios para autos, millones de tornillos, calvos, grapas, convertidores, tachuelas, chinches, adaptadores, extensiones eléctricas, discos compactos, y todo lo que a usted se le venga en gana imaginar. El espectáculo es asombroso, perturbador, intrigante, urticante. Las luces se estrellan contra todo, saltan en millones de partículas, agujas al blanco azul, astillas encendidas de un cortocircuito, erizos furibundos, pelusas estridentes, balas trazadoras al rojo vivo que se desintegran contra el marco de las vitrinas”.

Lucrecia (a Tarquino): finalmente es-

tamos aquí. Ahora debemos buscar las oficinas de registro que se hundieron con el último terremoto. La única vía de acceso es por los subterráneos, así que nos toca bajar por los sótanos de estos locales.

Inmediatamente después de hablar Lucrecia se puso pálida y frunció el ceño. Le dolía el pecho.

Entraron en un cafetín de mala muerte. Se sentaron a una mesa, y pidieron dos cervezas frías. Ahora eran un taxista y la prima hermana de su esposa.

Tarquino (al tendero, en voz baja, ahuecando la mano para hablarle en secreto): ¿cómo es el asunto allá atrás?

Tendero: diez mil pareja.

Avanzaron por un corredor lleno de bombillos de colores, y luego descendieron por una escalera iluminada con tubos de luz negra. El decorado de las paredes consistía en dibujos de sensuales guerreras armadas de extraños instrumentos dentados, y afiches fluorescentes de grupos de rock inexistentes. Un olor a moho y a cigarrillo subía desde lo oscuro con una leve brisa. Al final de la escalera se extendía otro corredor, flanqueado por varias habitaciones oscuras. En la primera de ellas sonaba una música circense. Se acercaron con sigilo y observaron. Sobre una tarima bailaban tres mujeres desnudas, adornadas aquí y allá con dibujos de flores, ojos atigrados, ramajes espinosos y pelajes leopardescos. Realizaban una grotesca coreografía de brinquitos, roces y vulgarísimos refregamientos. En las otras habitaciones se realizaban espectáculos similares, o eran

salones de fornicación y masturbación. Junto a la última puerta se extendía un nuevo corredor, mucho más amplio, que al cabo de unos pocos metros comenzaba a transformarse en una especie de galería-laberinto con varias estaciones. La primera, estaba dedicada a las hazañas del Ejército Ultralibertario, con réplicas a escala natural de los famosos dispositivos que se usaban para financiar “La Heroica 36”, con todo y restos humanos, girones de ropa, tamales, pasteles costeados, y recortes de periódico. La segunda, al Inquebrantable, al Contrapicado en Plano Medio con Atril y Puño Erguido, lleno de fotografías y pedazos disecados de su cuerpo en urnas de cristal. La más grande, en medio de las otras, exponía en su interior a La Grandísima, a La Elocuente Poderosa, diligentemente embalsamada y descollando roja entre sus labios de ventosa. También había

Lucrecia Daphne Anarkista Visual

30

estaciones dedicadas al hampa organizada y política con ejemplos en cera (entre varias momias) de sus artes fusileras y/o motosierreras. En algunas se escuchaban grabaciones emotivas de cantantes comprometidos radicados en París. Pronto ya no hubo más estaciones, pero siguieron avanzando sobre huesos humanos y cadenas. Finalmente, el laberinto desembocó en las derruidas Oficinas de Registro.

El edificio, que había descendido algunos metros bajo tierra, parecía un jardín botánico abandonado. Sobre los archivadores y escritorios habían crecido varios tipos de orquídeas y hongos venenosos. Olía a humedad y a moho. Lucrecia abrió su morral y sacó dos tapabocas. Se puso uno y le dio el otro a Tarquino. Avanzaron sobre los escom-

bros sin saber por dónde comenzar. De pronto se encontraron frente a lo que antes había sido una biblioteca. Los libros y documentos yacían en su mayoría desparramados por el suelo, pero aún había algunos organizados sobre los estantes. Lucrecia tomó uno, y lo abrió al azar. Luego sacó una linterna de su morral, y se la entregó a Tarquino.

-Ilumíneme acá, por favor. -Dijo, y luego confirmó que su cámara de video estuviera funcionando. Las palabras del documento se veían claramente a la luz de la linterna:

“(...) y no fueron las guerras contra los países del cono sur las que causaron el colapso de estas impresionantes máquinas de hacer dinero, sino el daño ecológico provocado por el tipo de construcción urbana que se diseñó,

cuando los planos y proyectos iniciales legalizados sólo contemplaban “la construcción de obras de infraestructuras determinadas con riego, drenaje o protección contra inundaciones, con el propósito de aumentar la productividad del sector agropecuario”. (...) Casi inmediatamente todo se había convertido en material de utilería para los grandes espectáculos, cuando los grandes industriales adquirieron los títulos y concesiones a nombre de terceros que figuraban como miembros del gremio agricultor. Sin embargo, las áreas adjudicadas de esta manera tan viciosa siguieron llamándose Distritos de Adjudicación de Tierras.

La defensa y protección de los recursos naturales que se suponía integrada al ordenamiento legal respectivo, se materializó contradictoriamente

en la fachada de algunos hoteles y casinos que ostentaban grandes oasis zoológicos, atestados de animales no nativos que parecían siempre muy activos y felices en medio de la vegetación hidropónica que brillaba día y noche con colores inverosímiles.

Tras las falsas villas y haciendas ecológicas, la verdadera geografía se deterioraba a pasos de gigante. Miles de especies nativas se asfixiaban sin remedio bajo el sol calcinante o morían congeladas en la noche sin encontrar refugio. El Departamento de Sanidad y Basuras recogía cientos de cadáveres descompuestos durante las primeras horas de la madrugada, con tal maestría y disimulo, que ni siquiera los borrachos amanecidos y otros noctámbulos sin oficio se percataban de lo que ocurría.”

Lucrecia Daphne Anarkista Visual

Lucrecia tiró el libro al suelo, y continuó su registro con uno nuevo, escogiendo páginas al azar:

Descripción montaje I

“Relación Caso Jiménez Folio 24-f^o844-c4.

Imagen movida, cámara en mano, registro con filtro de intromisión médica al Paciente OFS-14C remitido a convalecencia en lugar de residencia. Respuesta del sujeto en fondo ámbar, tenue tono verde de los estantes en la cocina. Muebles de época a varios centímetros más abajo. Sólo la yema de los dedos los alcanzaría si los médicos y el detective que entran quisieran tocarlos. El hombre, calvo, luego de infructuosa defensa propia se recuesta despacio. Adminículo para registro de ondas cerebrales cuidadosamente

retirado por la mujer-médico de pie ahora junto a la cama “recuéstese despacio, eso, así”. La escena se desarrolla y cumple con los requisitos de Inicio-Medio-Final, al gusto de los maestros de la T.V. que se aplauden frente al espejo. Para ello utilizan las nalgas de otros compañeros en la misma línea de acción.

El Paciente “no salía mucho. Y cuando lo hacía... sufría ataques de pánico”. Se lleva la mano al rostro, usa un pañuelo para ponerlo en su boca estornuda fin de la entrevista. “Solución salina para Cameron para salvarle la vida”. Incluso el aparato de gas propano sirve para contar una historia en el clásico formato Inicio-Medio-Final: “Hay un minúsculo asesino en mi cuarto que quiere matarme”. Int.-Casa del Médico-Noche: (...) se sienta en el sofá verde frente a la mesa, agarra un

frasco de píldoras que hay en la dicha mesa, y toma del frasco de píldoras rosa dos píldoras rosa. “Se desmayó, doctor. No fue un sueño”.

Siguieron avanzando entre las ruinas floridas sin dejar de registrarlo todo con sus sistemas de video. De vez en cuando Lucrecia grababa algún comentario o alguna descripción en su grabadora de mano mientras Tarquino miraba en torno sin saber en qué fijarse. Todo le parecía lo mismo, un montón de ruinas sin sentido. Finalmente, salieron a la superficie atravesando lo que alguna vez fue un parqueadero. La luz de la mañana les cayó de golpe en la cara.

Más tarde, ese mismo día, rumbo al Archivo filmico Ciudad Central...

Salieron a las seis de la tarde, cuando ya todos en la ciudad se dirigían a sus hogares, así que el viaje en bus articulado hasta el Centro resultó bastante cómodo. Lucrecia era, esta vez, una especie de Valentina a todo color con pantalones púrpura, botas de gamuza mostaza al estilo de un D'Artagnan fashion show, saco negro de cachemire cuello tortuga ceñido al cuerpo, gafas oscuras y boina de beat recién comprada en Guess! Llevaba polvo de arroz en el rostro, labial rojo fuego, y un lunar negro en la mejilla izquierda. Tarquino iba mal disfrazado, como activista de la vieja izquierda, con zapatos de gamuza marrón, pantalón de paño gris, blazer de pana verdeolivo, ca-

Lucrecia Daphne Anarkista Visual

misa blanca de manga larga y saco negro a lo Messie le Existencialiste. En un bolsillo del blazer llevaba la pipa de engatusar a las chicas buenas del barrio pobre. Sin embargo, lo que más le molestaba era la peluca de pelo largo ondulado y la chivera postiza.

Dejaron la estación y siguieron a pie hasta las antiguas instalaciones del Archivo.

34

Allí los recibió una pequeña mujer, de unos 90 años de edad, con la piel forrada al hueso. Cuando vio a Lucrecia se sonrió, y los dejó entrar sin decir una palabra.

El lugar estaba abandonado desde hacía siglos. La única luz era la que entraba por los enormes ventanales. Los tapetes persas y las cortinas de terciopelo se habían molido, o se caían en girones polvorientos. Las fantásticas lámparas de

araña amenazaban con caerse, ladeadas, casi suspendidas en el aire turbio como arboladuras de un velero naufragado. La Gran Sala, gris de polvo y telarañas, conservaba intacta su silletería, como para recibir a un público de momias y fantasmas. La pantalla, ganada por la humedad y los hongos, parecía reflejar la imagen congelada de un antiguo cementerio. El archivo en sí se encontraba al final de un sombrío corredor que se extendía a un costado de la sala. Sobre las cabezas de Lucrecia y Tarquino se inclinaban en arco girones de papel de colgadura y boceles de plástico dorado. Los candelabros, antes delicadas obras de artesanos capitalinos, colgaban patas arriba de un sólo tornillo oxidado, y parecían cubiertos por velámenes traslúcidos en los que habitaban las arañas y sus presas momificadas.

-Ok, Tarquino. Aquí tenemos que

ser cuidadosos y mirar por dónde vamos a cortar los rollos. No necesitamos más luz que la de esta ventana. Mientras mira, procure poner el rollo frente a su cámara:

Descripción montaje II

Un grupo de damas muy elegantes entra a un salón decorado con gobelinos, lámparas de araña, candelabros dorados y columnas griegas. Sobre algunas de estas hay bustos de mármol o jarrones pintados con escenas pastoriles, religiosas y temas de la mitología clásica. Los muebles son al estilo Luis XV.

Las damas entran sobresaltadas, y saludan con grandes ceremonias a los hombres y mujeres que están en el salón. Segundos más tarde, todos salen del salón. El escenario queda

vacío, pero sobre él aparece la imagen temblorosa de un fresco: un hombre y una mujer yacen semidesnudos sobre un tapete oriental mientras dos criados los alimentan con los manjares que extraen de una fuente borrosa. De pronto, las imágenes del salón y del fresco se congelan, y aparece un anciano anguloso y cejijunto que señala al frente con el dedo índice. A la altura de su rostro, sobre una nube de interferencia, una chica corre por un puerto lodoso hasta caer de bruces. Sobre todas estas imágenes, que se repiten superpuestas, aparece un clip de cadáveres mutilados en diferentes escenarios bucólicos. Por último, a la altura del sombrero del vejete huesudo, una muchacha, sentada sobre la gruesa rama de un árbol, ríe alocada mirando hacia abajo mientras recoge sus pollerines.

lucreica Daphne Anarkista Visual

Cuando salieron la ciudad estaba gris, lavada y fría. Se tomarían unos días para descansar.

En su apartamento de la fortaleza Tarquino trataba de escribir informes preliminares.

Sujeto investigado: Lucrecia...

36

**Sobre las nuevas actividades de
lucrecia
y Tarquino luego de tomarse
unos días para descansar.**

-Hoy nos tenemos que hacer visibles. Usted sabe, actuar en público; esponjas de acción. Todo depende del lugar al que vayamos. Es cuestión de adaptarse, de repetir los movimientos como si los hubiéramos aprendido hace tiempo.

Tarquino se sentía ansioso, pero creía que tarde o temprano la chica le revelaría algo, y todo cobraría sentido. Si en realidad era miembro activo de La Serpiente, en algún momento tendría que hacer un reporte, un informe, acaso encontrarse con contactos.

De noche, en la ciudad...

Lucrecia fue la primera en bajar del taxi. Primero emergió el zapato azul oscuro de tacón alto, luego la pantorrilla, afilada y ligeramente curva como la hoja de un pequeño sable. Llenando el centro del cuadro, dividiendo lo oscuro en dos, su muslo derecho apareció despacio, cada vez más extenso y fluido, atravesado por un rayo de luna. Tarquino salió del otro lado, vistiendo traje negro y un sombrero ladeado sobre la ceja izquierda. La chica avanzaba bajo la hilera de focos como suspendida sobre la acera, entre los destellos del vestido, los labios espejeantes como las aguas de un río escarlata. Sobreponiéndose al juego de luces, Tarquino la alcanzó por un costado. y la tomó por la cintura.

Ocuparon una mesa en el fondo del restaurante. La luz, aunque escasa, dejaba ver los cientos de fotografías viejas que decoraban las paredes del lugar. Algunas mostraban con nostalgia lugares representativos de Buenos Aires, y otras, la mayoría, eran de cantantes y músicos que lucían sus trajes, sombreros, bigotes y cabelleras engominadas con grandes y brillantes sonrisas. La música sonaba como venida de muy lejos, llena de polvo y humedad. A Tarquino le llegó un olor como de lágrimas alcoholizadas, a sangre revuelta con rímel barato.

Pidieron una botella de vino rojo y se la fueron bebiendo despacio, siguiendo las líneas de un guión previamente elaborado por Lucrecia a la madrugada. A Tarquino le resultó fluida su pose de muertero glamoroso, malhablado pero musical en el uso de la jerga puñalera, con las cejas levantadas y el sombrero

Lucrecia Daphne Anarkista Visual

ladeado. A veces se inclinaba hacia adelante, con un codo sobre la mesa y una mano puesta en la cintura, cuando su personaje se alteraba con los desaires de la esbelta chica que cortaba la sombra como un resplandor de perlas y lentejuelas.

38 Luego de beberse una segunda botella, como era requerido, acercaron sus rostros peligrosamente. Tarquino inclinaba el suyo, afectado por la pasión, el sombrero en diagonal atravesando su frente blanca. Lucrecia, sin dejar de ser fatal y engreída, rendía el brillo de sus ojos a la varonil ternura. La música sonaba para ellos en el casi desolado bar-restaurante.

Una voz nasal, sobresaliendo entre los últimos girones de un violín que se apagaba, presentó a las estrellas de la noche.

Sobre el cuarteto en penumbras, al centro del escenario, cayó sucia de humo y polvo la luz de dos reflectores.

Se levantaron de la mesa. Lucrecia extendió una mano sobre la nuca de Tarquino, y pegó su frente a la de él. Sus ojos se retaron. Ella se alejó con un giro, y se detuvo en medio del salón con los brazos pegados al cuerpo y las palmas de las manos abiertas en diez puñales rojos. Tarquino dio un paso adelante, la cabeza inclinada, las manos en las solapas de su traje. Hasta ahí llegaba su actuación.

Lucrecia siguió clavando sus agujas asida a la cintura de un parejo imaginario.

El cuarteto seguía con su repertorio mientras Lucrecia conectaba la cámara de video al portátil.

¿En dónde habrá aprendido a bailar de ese modo? Siendo tan joven... Tal vez no sea tan joven después de todo. Tal vez sea una especie de fenómeno, una mujer adulta que sufre alguna enfermedad que la hace ver ridículamente joven. Pero no... seguramente sí se trata de un maldito agente secreto lleno de implantes y cirugías plásticas... o acaso la han ultrajado y han llenado su cuerpo con toda clase de porquerías para transformarla en un ente a sus órdenes... ¿Quién sabe? ¿Cómo saberlo?

Días más tarde, una nueva excursión...

Atravesando las antiguas oficinas de registro también se podía acceder a la zona de los museos. Aunque los edificios habían descendido varios metros después del cataclismo, sus estructuras no colapsaron. Sólo las obras en ellos inventariadas sufrieron daños irreparables.

39

Juntas militares yacían desgarradas y revueltas entre girones de veranos y primaveras al óleo sobre madera. Duraznos de un Vertumno deshilachado se transformaban, por efectos de la humedad y los hongos, en la nueva piel de una Venus tallada en mármol. El rojo de un vestido doble se transformaba en sangre de bodegones ultrajados por

Lucreica Daphne Anarkista Visual

40

flechas de Cupido y brillos de botellas. Algunos personajes de la antigüedad se habían transformado en monstruos de siete manos, compartiendo sus togas filosóficas con los bíblicos semidesnudos que a veces parecían implorarles por algún girón de tela. Había cristos de cuatro manos y ocho ojos. El polvo y la oxidación hacían que bandoleros ilustres se adornaran con bandas presidenciales al óleo sobre lienzo en gran formato, y que los bizcos superlativos contemplaran con su clásica displicencia el cañón humeante de los subversivos fusilamientos. Mazorcas de yeso caían, desde un busto perplejo, sobre la casi fotográfica pintura de una calle neoyorquina. Los altos sombreros de los dignos artesanos le hacían antesala a una procesión de vasijas y huesos astillados. Rostros gesticulantes, puños enarbolados y trajes de calle ensangrentados les pedían rendición de

cuentas a jinetes de oro y plata congelados al filo de un caracoleo. Mapas de mil setecientos eran atravesados de sur a norte por hormigas negras que antes hacían labores sobre mejillas de porcelana.

-Ok, Tarquino. Hagamos paneos y primerísimos primeros planos.

Descripción montaje III

Sobre varios atriles de madera con el escudo nacional lentes oscuros y sombreros blancos. Gotea el agua lluvia sobre ellos. Fragmentos de herraduras y cascos al óleo sobre lienzo pisotean Atahualpas y zorros ebrios que de traje y corbata esgrimen mandíbulas y narices. Los llama (con gesto paternal, aunque prepotente), hacia el extremo izquierdo del cuadro, un

nuevo ilustrado de Indias envuelto en banderas rojas. Se desangran mujeres con clavos y flores en nombre de la escena. Una de ellas, litografiada en papel pergamino, eleva el mentón de manos atada. La intelectual, llena de oro y estrellas amarillas, le roba una consigna que se ve borrosa bajo la silla de los condenados. Tanques artillados posan para las cámaras llenos de flores y canastos. Algunos de a pie, con el cañón del fusil hacia abajo, se llevan a la boca gruesos granos de maíz tostado. Sonríen. Soldados, Atahualpas y zorros intercambian uniformes, mantas sagradas y trajes de calle. Digno, eleva por encima de todos aquellos su cuello brillante un chulo real.

Un día Lucrecia le dijo a Tarquino que se realizaría una exposición con parte del trabajo realizado. Sin embargo,

ninguno de los dos aparecería como autor de la obra. Estarían presentes, el día de la inauguración, haciéndose pasar por otros.

Esa noche, en la galería...

Cuando llegaron, las personas reunidas a las puertas de la galería guardaron silencio y los siguieron con la mirada. Tarquino se sintió incomodo. Algunos intentaron saludar a Lucrecia, pero se contuvieron al notar que ella se dirigía hacia las escaleras sin siquiera mirarlos.

La exposición se repartía en varios salones conectados por extensos corredores llenos de personas que bebían vino en pequeños vasos desechables, o hacían comentarios sesudos sobre las pequeñas instalaciones de video y fotografía. Al-

Lucrecia Daphne Anarkista Visual

gunos, los más estrafalarios, saludaron a Lucrecia con grandes ceremonias. A Tarquino le sorprendió que la llamaran Daphne.

42 -Les presento al profesor Olivera. Él está haciendo un estudio sobre la tortura como dispositivo de la elevación mística. Deberían ir a su exposición. ¡Ohh! Creo que he hablado demasiado. Su obra sólo será expuesta en New York el mes próximo.

Todas las miradas se clavaron en el profesor Olivera. Un incomodo silencio se extendía demasiado.

-Y... Cuéntame, Daphne, ¿cómo va tu Colección acrílica? Así es como se llama ¿Cierto, querida? -preguntó una delgada muchacha que vestía un corto traje negro lleno de lentejuelas azules en

el pecho.

-Muy bien, linda, gracias por preguntar. De hecho, por si no lo has notado, el que llevo puesto es un modelo de la serie.

Luego de observar el vestido con detenimiento, la muchacha de negro volvió a hablar.

-Me parece un poco incómodo, nena. Para nada funcional.

-De eso se trata, linda. Mis vestidos pasan por alto cualquier funcionalidad. Aunque me causen heridas, lo importante es el objeto. El mejor realce de las formas y los colores según los materiales. No es lo mismo un azul eléctrico en algodón que en metal o acrílico. Sin embargo, no sólo me importa la forma. También me interesa el origen de la forma. Nada de lo que llevo puesto me pertenece. Todos estos materiales, y el

diseño mismo de la pieza, vienen de un baúl de los años noventa.

—¡Uff! No más, querida. Me vas a hacer vomitar. —dijo la chica de negro, entornando los ojos y sonriendo. La expresión de su rostro dejaba claro que no intentaba ser grosera. —Ya sabes que no soporto la filosofía. Lo hace todo tan complicado.

Todos rieron, incluso Lucrecia. Sin embargo, el color de su rostro cambió. De repente comenzó a toser y a llevarse las manos al pecho como si le doliera. Entonces se desvaneció y cayó al suelo.

Descripción montaje IV

Afilaban aún más su figura los botines de cuero y tacón alto que traía puestos, el ajustado pantalón de lycra negra que al avanzar se encendía en minúsculas estrellas, y la blusa blanca, corta sobre el ombligo y sin mangas, abierta en cuello de bandeja que dejaba sus clavículas expuestas a la luz. Llevaba el pelo negro atado sobre la nuca con un lazo de terciopelo azul eléctrico que le caía sobre la espalda. Entraba caminando, erguida y soberbia cuando un dolor le oprimió el pecho. Sin embargo, no se le vio flaquear. Siguió avanzando con el rostro endurecido, actitud que para sus admiradores denotaba esa fascinante displicencia que caracteriza a las divas cuando son ovacionadas. El videobeam que proyecta-

Lucrecia Daphne Anarkista Visual

ba las imágenes de los fotógrafos y los fanáticos agolpados contra la humanidad de los guardias de seguridad -que, dispuestos en fila india, flanqueaban la alfombra roja-, comenzó a parpadear.

44

Lucrecia permaneció varios días interna en el Hospital Universitario. Tarquino aprovechó su ausencia para tratar de atar los cabos. Se dedicó a la lectura exhaustiva de todos los archivos; repasó una y otra vez el material audiovisual que habían estado produciendo y editando; fue a todas las bibliotecas distritales y locales en busca de textos originales y completos que guardaran alguna relación con todo aquello, pero lo único que logró fue enredar más las cosas. Los libros oficiales se contradecían; los documentos en el Archivo General de la Nación sólo eran bellas piezas de colección, documentos demasiado casuistas,

breves historias sobre delitos, expropiaciones y demandas. En los mapas de la ciudad no aparecían los lugares que habían estado visitando.

La situación empezaba a afectarlo drásticamente. No podía dejar de pensar en Lucrecia. La imagen de la pequeña muchacha se le estaba atravesando en la mente de un modo peligroso. Durante las horas de visita en el hospital se quedaba contemplándola en silencio hasta que la enfermera le recordaba que debía retirarse. Luego regresaba al apartamento de la chica y recomenzaba su búsqueda infructuosa. Sus reportes eran cada vez más incoherentes y delirantes. Comenzó a temer por su vida. No sólo estaba la Organización, que sin duda ya planeaba darlo de baja por su ineficiencia, sino la oscura mano de La Serpiente, que ya empezaba a ver materializada en el personal del Hospital Universitario.

Un día llegó al hospital, y le dijeron que a Lucrecia la habían dado de alta.

La encontró en su apartamento dedicada al montaje de un nuevo proyecto.

Materiales:

Telas, láminas de metal (preferiblemente aluminio), lentejuelas y cordones de todos los colores. Objetos cotidianos como tenedores, pinzas para el pelo, tuercas, tornillos, clavos y alambres.

Taladro y brocas de diferentes calibres, cautines, soldadura... caja de herramientas en general.

Objetos a producir:

Brazaletes, vestidos, tobilleras, anillos, zapatos... (entre más rígidos más

reales).

Y de nuevo la noche, sólo la noche...

Entraban a todos los bares y discotecas con dos cámaras de video sin que nadie se atreviera a molestarlos.

Las luces de los reflectores caían verdes, rojas y amarillas sobre las gentes que vestían jeans azules o driles ajustados a la moda, zapatos tenis, medias tobilleras de colores, camisetas y camisas metalizadas. El cabello largo en distintos niveles. Algunos de colores fuertes, como guacamayas, o a blanco y negro como las águilas. Bailaban en silencio y bebían con moderación. Lucrecia y Tarquino, a un costado de la pista, también bailaban, pero con sus cámaras encendidas:

Nubes de colores se embadurnaban

Lucrecia Daphne Anarkista Visual

en el interior del cuadro. Hebras encendidas iban de arriba hacia abajo como arrancadas de una telaraña al viento. Un pie, una mano, borrones o brochazos salpicados de hilos al rojo vivo. Reflejado en un vaso de vidrio, el cuerpo de una chica bañada en azul y rosa. Bailarina sin mar en el interior del vaso. Mujer bicolor distorsionada en una curva de la elipse.

46

Una luz ámbar fluye en el suelo. Domina el segundo escalón. Involucra en ello a un zapato de cuero que, en cierto momento, a un costado del visor, estalla en azules y blancos eléctricos.

La música se astilla.

Lucrecia vestía uno de sus modelos con cinturón negro de taches y hombreras de silicona ajustadas con dos

abrazaderas de acero niquelado. El breve vestido, azul aguamarina y fucsia, de la cintura para arriba era titanio, y de la cintura para abajo acrílico blando. Llevaba puestas unas medias grises que le llagaban a la mitad del muslo, adornadas con cintas de lata pintadas de rojo que subían en espiral hasta el encaje rosa. Le costaba trabajo moverse. Sus zapatos eran de charol negro y tacón alto. Como siempre, mucho rímel rojo, polvo de arroz y algunos lunares.

Tarquino vestía un sencillo pantalón color curuba, un saco naranja de cuello en “v” ajustado al cuerpo, zapatos negros, medias de seda, patillas falsas y gafas oscuras.

Sobre la mesa reservada para ellos, una botella de vodka y dos copas... Nada más.

Los días pasaban y Tarquino no resolvía nada. Ya no le importaba saber qué era La Serpiente ni cómo encajaba Lucrecia o su familia en todo aquello. Ni siquiera estaba seguro de que la tuviera, de que alguna vez hubiera tenido un padre y una madre. Sólo quería estar ahí, presente en cada uno de sus disparates, servirle de payaso o de lo que fuera, disfrazado de vendedor de drogas de los años setenta, como salido de una película gringa, o como galán de telenovela. No entendía nada, pero había logrado dejar de pensar en ello. Tampoco le importaban las directivas de la Organización. De hecho, no había vuelto a la fortaleza. Las noches que no pasaba con la chica las pasaba en un hostel barato en el centro de la ciudad. Desconectó su reloj micro-pantalla y lo guardó en una caja de galletas. Hasta llegó a pensar que la vida lo había destinado a estar junto

a Lucrecia, como una especie de guardián-alcahuete de sus niñerías. Asumió toda su conducta como el resultado de algún tipo de discapacidad mental paradójicamente relacionada con la genialidad. Pero si bien creía protegerla de todos los peligros que implicaba su forma de ser, no podía dejar de sentirle molesto cuando ella interactuaba con las demás personas. En el fondo le irritaba su versatilidad, su don de gentes, su capacidad de adaptación. No dejaba de parecerle extraño que conociera a tanta gente y que fuera capaz de exponer todos aquellos disparates en las galerías más importantes de la ciudad. Era como si a cierta facción de la metrópoli se le hubiese encargado complacer todos sus caprichos a cambio de algún tipo de reconocimiento. Y si eso era cierto, si Lucrecia era una especie de protegida, entonces había muchos ojos sobre ella...

Lucrecia Daphne Anarkista Visual

48

y sobre él. Pero ¿cómo estar seguro? La posibilidad de estar siendo vigilado, no por la Organización sino por los supuestos apoderados de Lucrecia, era algo que le trasnochaba poco. Tenían más poder el placer de entregarse a sus caprichos y parodias, y la necesidad de competir por el imaginario primer lugar contra todos esos perfumados y prepotentes figurines de las galerías. Con este fin se dio a la lectura de algunos libros sobre arte que había en la biblioteca de Lucrecia. Sin embargo, no entendía nada, aunque se engañaba creyendo lo contrario. Más de una vez fue el protagonista de embarazosas escenas, argumentando estupideces acerca de alguna obra. Tras los consecuentes incómodos silencios siempre sobrevenía la displicencia, y eso le desconcertaba aún más. A veces parecía como si de antemano los hubieran preparado para escucharlo e ignorarlo,

como si todo fuera parte de una parodia, es decir, de una nueva y desconocida, en la cual Lucrecia lo hacía participar como víctima casual. Poco a poco su desconcierto se fue transformando en rabia. Cada vez Lucrecia y él realizaban menos actividades, y se repetían con demasiada frecuencia las exposiciones. Por lo tanto, la chica ocupaba mucho tiempo en instalaciones y montajes de obra que lo excluían totalmente. Sólo se encontraban para asistir a las inauguraciones, y luego cada cual se iba a su sitio. Con el tiempo ya no fue Lucrecia sino Daphne, rodeada de detestables personalidades que la seguían a todas partes. No la dejaban ni un segundo. El profesor Olivera se fue convirtiendo en un satélite oscuro. Los demás personajes del repertorio, el obrero de la construcción, el padre de clase media baja, el matón de puerto, el glamoroso vendedor de drogas, desa-

parecieron. El acceso a Lucrecia se volvió imposible, rodeada siempre por un nutrido grupo de personas que incluso pasaban la noche con ella en el apartamento. Al ver que Tarquino se limitaba a ejercer funciones de simple celador, los otros agentes encubiertos comenzaron a sospechar. Sin embargo, sus reportes a la Organización no fueron tenidos en cuenta. Simplemente fueron adscritos a otra misión, y Tarquino continuó por su cuenta como celador. Fue entonces cuando decidió volver a encender su micro-pantalla y enviar un mensaje:

Trabajo en cubierto modificado. Pérdida de contacto con sospechosa. Acceso a información realizado. Archivo en mi poder.

Con este breve mensaje Tarquino esperaba ganarse algunos puntos con

la Organización. Si sabían que tenía información valiosa, tal vez no lo liquidarían. En todo caso, fuera lo que fuera, no volvería jamás a la fortaleza. Tampoco podía seguir de celador en el edificio, viendo a diario pasar a Lucrecia escoltada por aquel grupo de gente. Cierta día quiso intervenir:

Los primeros en salir del ascensor fueron dos hombres y una mujer. Luego apareció Lucrecia vestida de saco y corbata, zapatos de tacón y un sombrero de ala ancha. Tarquino dejó su puesto en la portería y se acercó a ella. No alcanzó a decir palabra cuando ya lo tenían sujeto por el cuello. Intentó zafarse, pero la mujer logró neutralizarlo con una llave. Lucrecia parecía no darse cuenta de lo que ocurría, y siguió caminando hasta la salida, escoltada por cinco personas más que salieron del otro ascensor.

Los dos hombres y la mujer se lleva-

Lucreia Daphne Anarkista Visual

ron a Tarquino al garaje del edificio y lo metieron en un auto.

Tomaron la avenida hasta las afueras de la ciudad y se detuvieron en un baldío. Bajaron a Tarquino del auto y lo golpearon hasta rendirlo. La mujer se acercó con una jeringa y lo inyectó con un somnífero.





MIÉRCOLES

THE PRESS



Campo Elías Dueñas 1-12 Super Héroes araña sobre nylon azul y rojo
Campesino asesino asesinado

tres
medias

Vuelve el zapato de piel

ONG ambientalista protesta. Dos modelos internacionales asesinados en Madrid.

Subastan medias
Gautas del Dalí.



Unas medias suizas junto con un par de calcinillos del Dalí se subastaron ayer en la famo-sa galería el Chapin.

Daphne Ruiz, metálica y acrílica en esta temporada



NUEVO MAPA DESCUBIERTO EN ANTIGUA TUMBA CHIBCHA



Nueva colección se impone

Entre los más pequeños se ha puesto de moda el uso de brazaletes de clavos y tornillos que sujetan la pieza a la piel causando graves heridas. La Diseñadora Daphne Ruiz, asegura que dicho producto se debe a un robo de diseños privados. Es decir, ROCE CON V que su ventas es no autorizada.



Lucreica Daphne Anarkista Visual

54

Despertó mareado en el cuarto del hostel. Estaba tirado en el piso. Le dolía el cuerpo. Se levantó con dificultad y caminó hasta el baño. Se lavó la cara y salió. Sentado en la cama había un hombre. Al ver que Tarquino se quedaba allí de pie sin hacer ni decir nada, sacó de su chaqueta una media botella de aguardiente y se la arrojó. Tarquino la agarró al vuelo. Luego de titubear un momento, la destapó y se bebió un trago largo que le hizo torcer la cara. El hombre en la cama se sonrió divertido.

-Muy bien, Tarquino, veo que no ha cambiado. Ya nos estábamos preocupando. No se reporta, no va a la fortaleza... Espero que sus avances en este caso sean muy buenos. De lo contrario no me explico su actitud.

-No es nada malo. Es que... trabajo en cubierto.

-Pues no se encubra tanto, Tarquino. De pronto se desaparece y qué hacemos.

El hombre sacó una cigarrera de plata de su chaqueta y encendió un cigarrillo.

-En su último reporte dice que tiene información. Necesito que me la de.

-No la tengo acá. -Dijo Tarquino, y luego se bebió otro trago de aguardiente.

-¿En dónde la tiene?

-Está en donde la chica.

El hombre en la cama le dio una larga fumada a su cigarrillo y luego se levantó. Caminó hacia la ventana, y se quedó mirando hacia afuera, de espaldas a Tarquino.

-¿Cómo se ha sentido en estos últimos meses, Tarquino? ¿No le gustaría hacerse un chequeo?

-¿Por qué lo dice?

-No sé, lo veo un poco pálido. -Dijo el

hombre dándose vuelta, con una sonrisa irónica en los labios. -¿Por qué no lee mi mente y averigua lo que estoy pensando?

-Usted sabe que los miembros de la Organización están protegidos contra nuestros poderes.

-¿Y quién dice que soy miembro de la Organización? Pude haber sido contratado para averiguar... -antes de que pudiera continuar hablando Tarquino se le echó encima y lo sujetó con una llave.

-Si no es de la Organización entonces está muerto.

El hombre soltó una carcajada y se liberó fácilmente de Tarquino sin hacerle daño.

-No se moleste, agente. Sólo hago mi trabajo. En fin, cumpla usted con el suyo. Recupere los archivos. Y no se enamore. Recuerde que le va mal con las niñas.

El hombre le dio una última fumada a su cigarrillo y luego lo tiró al suelo. Tarquino lo siguió con la mirada mientras dejaba la habitación.

Como ya no podía ser el profesor Olivera, decidió asumir una pose nueva. Aplicó lo que había aprendido con Lucrecia y algunas cosas del Manual Tercero Sobre el Arte del Disfraz publicado internamente por la Organización para sus funcionarios. Frecuentaría las galerías y bares de la ciudad haciéndose pasar por un profesor de literatura recién llegado de Madrid España, con maestría en arquitectura y urbanismo, llamado Leopoldo Platz. Se dejó la chivera, se mandó a hacer una calva de vejete interesante y se dejó largas las greñas de atrás. Usaba unas pequeñas gafillas redondas de metal, zapatos de gamuza,

Lucrecia Daphne Anarkista Visual

pantalones de pana, chalecos de lana, camisas de manga larga y, de vez en cuando, cachucha de cuero.

56 No volvió a sus antiguas tácticas de espionaje en la banca del parque, pues ya conocía los itinerarios de Lucrecia. Además, la recua de seguidores había dispuesto un dispositivo de seguridad en torno al edificio con escoltas en camionetas blindadas y motocicletas. Se prometió no comunicarse con la Organización mientras no hubiera concluido algo en concreto. Los últimos acontecimientos le decían claramente que La Serpiente estaba detrás de todo. Se habían burlado de él. Lucrecia no era más que un agente distractor que, en todo caso, lo había utilizado para llevar a cabo sus maléficos planes. ¿Cuáles eran? Eso tendría que descubrirlo.

Mientras tanto, las exposiciones de

Lucrecia, o Daphne, como se le conocía en el medio, seguían teniendo lugar en todas las galerías del país.

El profesor Platz se presentó pasadas las ocho y media. Con una mano en el bolsillo del pantalón y acariciándose la chivera con la otra, observaba las obras con cierta frialdad. De vez en cuando fruncía el ceño y aprobaba la cosa con movimientos de cabeza. No reparaba en nadie a su alrededor. Avanzaba como si se encontrara totalmente sólo en la galería, sin dirigirle la mirada a nadie, pero pendiente de ubicar a Lucrecia. Al fin la divisó en un extremo del segundo salón, en compañía de cuatro mujeres. Se acercó despacio. Luego le tocó un hombro. Lucrecia se volvió sobresaltada.

-Perdone, señorita. No quise asustarla. Sólo quería felicitarla por su obra. Yo soy el profesor...

-Leopoldo Platz, si no estoy mal. Me da mucho gusto poder conocerlo. Me han hablado tanto de usted... permítame lo presente. Señoritas, él es el profesor Leopoldo Platz. Acaba de llegar de Madrid, y está muy interesado en la representación artística contemporánea de la ciudad.

La frente de Tarquino se perló de sudor. Las mujeres lo miraban sonriendo, en espera de una respuesta. Entonces sacó un pañuelo y se secó la frente.

-Disculpen ustedes. Es que aún no me acostumbro al cambio de horario.

-No se preocupe, profesor. -Dijo Lucrecia, y lo tomó cariñosamente del brazo.

-¿Quiere usted tomarse algo? ¿Acaso sentarle?

-No, señorita, no se preocupe. -Dijo Tarquino zafándose cortésmente. -Aunque lo parezca, no soy tan viejo.

-¡Oh! Disculpe. No quise decir eso. Se ve usted muy joven. Es sólo que...

En ese momento un hombre de mediana edad, con cola de caballo, pantalones de cuero ajustados, botas tejanas con punteras de hierro y saco cuello de tortuga se acercó saludando efusivamente a Lucrecia. Tarquino aprovechó para marcharse.

¿¡Qué había sido aquello!? se preguntaba Tarquino caminando agitado por la acera, no muy lejos de la galería. ¿Cómo era posible que la chica estuviera al tanto de sus planes? Seguramente habían instalado cámaras de video en su habi-

Lucrecia Daphne Anarkista Visual

58

tación del hostel mientras se encontraba inconsciente.

Se metió a la primera tienda que encontró y pidió una media de aguardiente. Mientras bebía intentaba organizar su cabeza, atar los cabos, encontrarle una explicación a lo que ocurría. Todo comenzó a parecerle irreal, una especie de broma perpetrada por la Organización, una estrategia para poner a prueba su verdadero potencial. Llegó a pensar que Lucrecia era entonces una agente de su misma división, entrenada para evaluarlo, para medir sus verdaderas cualidades como investigador. Terminada su tarea y entregado el informe correspondiente, las directivas enviarían de nuevo al hombre aquél para tomarle el pelo una última vez, y confirmar definitivamente que ya no les era útil. Sin embargo, no podía estar seguro. Era posible que todo fuera un montaje adecuado para su perdición,

pero también que el juego fuera una estrategia elaborada por La Serpiente para alejarlo de su verdadero objetivo, es decir, de Lucrecia y sus archivos. Nada podía probarle que la chica no estaba siendo manipulada, acaso mantenida bajo el efecto de ciertas drogas, informada falsamente por espías adecuados como periodistas, curadores, artistas... Eso explicaría por qué no había reaccionado cuando fue atacado esa noche en frente de los ascensores, y por qué sabía de la existencia del profesor Platz. Definitivamente, su habitación del hostel estaba llena de micrófonos y cámaras de video. No podía regresar allí.

Totalmente ebrio se perdió en las zonas de tolerancia. Por fin logró hospedarse en un hotel de mala muerte y pasar la noche. Allí lo asediaron terribles pesadillas que involucraban la muerte de

Lucrecia a manos de otros. Eran tan reales los destripamientos y torturas como el gran amor que sentía por ella mientras contemplaba indefenso sus indescriptibles muertes. Cuando despertaba quería salir a buscarla, pero su cuerpo, anestesiado por el alcohol, no le respondía. Sólo podía agitarse inútilmente en el suelo hasta que se desmayaba de cansancio y volvía a sufrir las horribles visiones. A medida que pasaba el tiempo, las pesadillas se hacían más espantosas y largas. En ellas no sólo aparecía Lucrecia sino su antigua perversa, atada de pies y manos, tal como la había encontrado en sus antiguas habitaciones hacía ya tantos años. Entre dormido y despierto también veía los cadáveres de su primera familia, el del niño pájaro que devoraba trozos de panela en el patio, y el de su mujer, que tenía bordadas en el faldón las luces del paraíso.

THE PRESS

sábado 21 de marzo 2008

CULTURA & GENTE

LUTO EN LA MODA

Una de las artistas nacionales más importante ha dejado de respirar

Lucrecia Daphne Ruhz nos deja su extensa obra

En un extraño giro de la vida la joven y talentosa artista y diseñadora conceptual Lucrecia Daphne Ruhz murió ayer en el hospital Reina de

Ginebra en el norte de la capital. Al parecer, fue víctima de una extraña enfermedad que consumía sus huesos y músculos len-



tamente, dejándola en total inmovilidad. A pesar de las múltiples operaciones que le practicaron durante todos estos años, los implantes digitales que la mantenían viva fallaron inexplicablemente. Por eso, durante la inauguración de su última obra llamada "Ciudad superpuesta", que se realizaba en el Museo de Arte Moderno de la ciudad, la talentosa artista sufrió un ataque de convulsiones en medio de la sala Miriam Rutaguer del museo, ante el atónito grupo de asistentes. Luego, ya en el hospital Reina de Ginebra, la joven lumbrera fue asediada por varios

THE PRESS

sábado 21 de marzo 2008

CULTURA & GENTE



Fragmento de una de sus primeras obras, titulada "Viaje a la concha en pequeño tanque artillado II".

ataques más, que la sumieron en un coma profundo durante horas, hasta que al fin, en las horas de la madrugada, fue desconectada por completo cuando los instrumentos registraron un paro cardíaco y respiratorio que acabó con su vida.

La obra de la Ruhz será expuesta todo el año en todas las galerías del país y en varias de Europa, como homenaje póstumo a su prolífica vida, gracias a las gestiones de la fundación Último arte.

Relato final

Lucrecia alzó los brazos al sol que entraba, aunque lechoso, benéfico por el enorme ventanal. Su pequeño ombligo se exhibió al cielo blanco-amarillo, pupila ciega, lejos algunos centímetros de la franela-párpado. Su vientre era, sí, un ojo tibio y suave, un ojo piel de durazno. Abajo, en la calle, el tráfico se amontonaba lejos de sus oídos que apenas escuchaban un leve murmullo acogedor. Tras de sí, reflejados en el ventanal, semejantes al inquieto sistema luminoso de los ovnis, titilaban los pequeños bombillos de su ordenador. Al bajar los brazos el ojo se cerró.

62 Saboreaba el muermo de su último bostezo cuando se vio el rostro reflejado gris en la pantalla. Luego, todo se puso azul.

Notó con sorpresa que su muñeca izquierda se inflamaba poco a poco mientras tecleaba. Jamás le había sucedido algo así. Entonces recordó: cuando niña una cyber-mucama cargada con programas de medicina le había diagnosticado el mal de DELL. “¿Qué hacer?” pensó.

Más tarde, en el consultorio del doctor Friederich Paterson, Lucrecia mordía la uña de su meñique y golpeaba nerviosamente el suelo con su zapato. “¿Qué hacer?!”

Al cabo de unos minutos, y notando que el doctor Paterson se aburría de ir y venir de la ventana a su bien nutrida biblioteca con las manos entrelazadas a la espalda, dijo: “Ok, doctor. Reemplace”.

La compleja operación terminó al amanecer. El cielo dejaba caer su plata azulosa

sobre los corredores vacíos, dando la impresión de que tanto peso helado rajaría las paredes. En cambio, el piso brillante parecía fluir alegremente en un riachuelo que al contacto de los zapatos de las enfermeras levantaba columnas de hielo blanco a todo lo largo. Lucrecia fue dada de alta a las tres menos diez. Nadie fue a recogerla: vivía sola desde los catorce, cuando su padre murió...

Al caer la noche, entre carátulas de ciencia-ficción y pequeños copos de polietileno, jugaba de nuevo a que era la joven perseguida. Una música electrónica y nostálgica llenaba toda la sala. Si alguien la viera no podría imaginarse que llevaba el cuerpo lleno de cables y circuitos integrados.





By Juan Camilo Alfonso
www.fonso.co